

La noción de ethos de la retórica al análisis del discurso

Ruth Amosy
Traducción Juan Dothas

Introducción

Toda toma de palabra implica la construcción de una imagen de sí mismo. A tal efecto, no es necesario que el locutor trace su retrato, detalle sus cualidades ni aún que hable explícitamente de sí mismo. Su estilo, sus competencias lingüísticas y enciclopédicas, sus creencias implícitas alcanzan para dar una representación de su persona. Deliberadamente o no, el locutor efectúa de este modo en su discurso, una presentación de sí mismo. Que la imagen inducida de las formas de decir facilite, y a veces hasta condicione la buena realización de un proyecto, es algo que nadie puede ignorar más que a costa propia. Las entrevistas que deciden la elección de un candidato para un puesto, los discursos electorales, las relaciones de seducción, todas las prestaciones en las cuales la imagen del locutor participa de manera concreta, vienen oportunamente a nosotros como ejemplo. La presentación de sí mismo no se limita sin embargo a una técnica aprendida, a un artificio: ella se efectúa, a menudo sin que lo sepan los otros participantes, en los intercambios verbales más cotidianos y más personales. En el centro del debate público, o de la negociación comercial, ella participa también de los intercambios entre profesor y alumnos, de la reunión de copropietarios, de la discusión amistosa o de la relación amorosa.

Los Antiguos designaban por el término de “*ethos*” la construcción de una imagen de sí mismo destinada a garantizar el éxito del acto oratorio. Recordando los componentes de la antigua retórica, Roland Barthes definió al ethos como “los rasgos de carácter que el orador debe mostrar al auditorio (poco importa su sinceridad) para dar una buena impresión: son sus *aires* [...] El orador enuncia una información y al mismo tiempo él dice: yo soy esto, yo no soy eso otro” (Barthes 1970 : 315). Él retoma a Aristóteles quien afirmaba en su *Retórica* : “es [...] al carácter moral que el discurso toma, diría yo, casi su mayor fuerza de persuasión”.

Privilegiando el uso del enunciado en situación y la fuerza del habla, las diferentes corrientes del análisis del discurso y de la pragmática atraviesan hoy la retórica, definida como arte de persuadir. Al igual que Aristóteles, ellas buscan comprender y explicar como la eficacia llega al discurso. Ellas describen funcionamientos verbales y modalidades de interacción, de las cuales se desprende una regulación; ellas se dedican a construir modelos. De la concepción pragmática del lenguaje como acción o interacción dotado de un poder propio, Dominique Maingueneau nota lacónicamente que ella “viene en cierta manera a sustituir la *retórica tradicional*” (1996: 66). ¿Viene ella a reactivar un terreno fecundo o a librarse a un trabajo de reconceptualización dirigido a reemplazar los términos de una disciplina envejecida? La manera en que las ciencias del lenguaje retoman la retórica, y también a veces, la manera en la que se desprenden de ella, aparece en las reformulaciones y los debates a los cuales da lugar la noción de ethos.

La lingüística de la enunciación y la inscripción del locutor en el discurso

La construcción de una imagen de sí mismo, pieza capital del mecanismo retórico, posee una parte ligada a la enunciación que los trabajos de Émile Benveniste han situado en el centro del análisis lingüístico. En efecto, el acto de producir un enunciado alude necesariamente al locutor que mueve la lengua, que la hace funcionar por un acto de utilización. Por ello es importante examinar la inscripción de locutor y la construcción de la subjetividad en la lengua. Es en la continuidad de estos trabajos que Catherine Kerbrat-Orecchioni ha examinado los “*procesos lingüísticos (shifters, modalizadores, términos evaluativos, etc.) por los cuales el locutor imprime su marca al enunciado, se inscribe en el mensaje (implícita o explícitamente) y se sitúa en relación a él (problema de la distancia enunciativa)*” (Kerbrat-Orecchioni 1980 : 32). Si ella se sitúa en el marco de una lingüística de la enunciación que privilegia el parámetro del locutor, ella no se ocupa menos de la interdependencia de los participantes de la *interlocución*. Ella permanece en esto fiel a las perspectivas de Benveniste, quien había introducido la noción de “*cuadro figurativo*”. El entendía por eso que la enunciación, “como forma de discurso, [...] presenta dos ‘figuras’ igualmente necesarias, una la fuente, la otra el destino de la enunciación” (Benveniste 1974 : 82). En efecto, la enunciación es por definición alocución; de un modo explícito o implícito, “ella postula un alocutario” (*Ibid*). Ella establece en consecuencia, una “relación discursiva al interlocutor” (Benveniste 1974 : 85) la cual sitúa las figuras de locutor y del alocutario en una relación de dependencia mutua.

La construcción especular de la imagen de los interlocutores aparece igualmente en Michel Pêcheux (1969) según quien A y B, en los dos extremos de la cadena de comunicación, se forman una imagen respectiva el uno del otro: el emisor A se hace una imagen de sí mismo y de su interlocutor B; recíprocamente el receptor B se crea una imagen del emisor A y de sí mismo. Retomando este principio, C. Kerbrat-Orecchioni propone incorporar “en la competencia cultural de los dos participantes de la comunicación [...] la imagen que se crean de ellos mismos, la que se crean del otro, y la que se imaginan que otro tiene de ellos mismos” (1980 : 20). Uno no sabría exponer más claramente el juego especulativo que funda el cuadro figurativo. A esta altura de la reflexión, sin embargo, C. Kerbrat-Orecchioni no ve ahí más que la marca de las competencias no lingüísticas (llamadas “culturales”) de los interlocutores, comprendidas en los datos situacionales que componen el universo del discurso.

Perspectivas interaccionales, de Erving Goffman al análisis conversacional

Es a la pragmática extendida a quien corresponderá desarrollar la cuestión de la imagen de sí mismo en el discurso. Y desde el primer instante, porque ella se interesa en las modalidades según las cuales el locutor obra sobre su interlocutor en el intercambio verbal. Se pasa, en efecto de la interlocución a la interacción. “Hablar es intercambiar, y

es cambiar intercambiando”: “a lo largo del desarrollo de un intercambio comunicativo cualquiera, los diferentes participantes, a los cuales llamaremos los “*interactuantes*”, ejercen los unos sobre los otros una red de “*influencias mutuas*” (Kerbrat-Orecchioni 1990 : 17). La función de la imagen de sí y del otro que se construye en el discurso se manifiesta plenamente en esta perspectiva interaccional. Decir que los interlocutores interactúan, es suponer que la imagen de sí mismo construida en y por el discurso participa de la influencia mutua que ellos ejercen el uno sobre el otro.

La atención puesta en la producción de una imagen de sí mismo en las interacciones, es en primer lugar desarrollada en los trabajos del sociólogo Erving Goffman, cuyas investigaciones sobre la presentación de sí mismo y los ritos de interacción han ejercido una profunda influencia en el análisis de las conversaciones. Goffman muestra en efecto que toda interacción social, definida como “la influencia recíproca que los interlocutores ejercen sobre sus acciones respectivas cuando están en presencia física los unos ante los otros” (1973 : 23), exige que los actores brinden a través de su comportamiento voluntario o involuntario una cierta impresión de ellos mismos, la cual contribuye a influenciar a sus interlocutores en el sentido deseado. Adoptando la metáfora teatral, Goffman habla de *representación*: para él es “la totalidad de la actividad de una persona dada, en una ocasión dada, para influenciar de una cierta manera a alguno de los participantes”. Él habla también del *rol (parte)* o *rutina*, definidos como “el modelo de acción preestablecido que uno desarrolla durante una representación y que uno puede presentar o utilizar en otras ocasiones” (*Ibid*). Estas rutinas constituyen los modelos de comportamiento preestablecidos que utiliza el director en una reunión con sus empleados, el juez en una sesión del tribunal, el enfermero en sus relaciones con un enfermo, el padre en el transcurso de una comida familiar... Indisociable de la influencia mutua que desean ejercer, el uno sobre el otro, los interlocutores, la presentación de sí mismo es tributaria de los roles sociales y de los datos situacionales. En la medida en que ella es inherente a todo intercambio social y sumisa a una regulación sociocultural, ella sobrepasa ampliamente la intencionalidad del sujeto hablante y actuante.

Estas nociones son completadas, en *Los Ritos de Interacción (Les Rites d'interaction)* (1974), por la de *faz*, definida como “el valor social positivo que una persona reivindica efectivamente a través de la línea de acción que los otros suponen que ella ha adoptado a lo largo de un contacto particular. La faz es una imagen de mí mismo “delineada según ciertos atributos sociales aprobados, y sin embargo compartibles, puesto que, por ejemplo, uno puede dar una buena imagen de su profesión o de su confesión brindando una buena imagen de sí mismo” (Goffman 1974 : 9). C. Kerbrat-Orecchioni redefine sucintamente la noción gofmaniana de faz como “el conjunto de las imágenes valorizantes que uno intenta, en la interacción, construir de sí mismo e imponer a los demás” (1989 : 156). Lo esencial es aquí el *face-work*, o figuración, a saber “todo lo que intenta una persona para que sus acciones no hagan perder la cara a nadie –comprendida ella misma–” (Goffman 1974 : 15). En esta óptica Goffman elabora una psicología centrada en el trabajo, la cual consiste en restablecer el equilibrio en una interacción conversacional a través de tácticas de evitación o de reparación, por ejemplo. Las perspectivas abiertas por E. Goffman en su estudio de los comportamientos en la vida cotidiana han sido retomadas para la descripción de los intercambios verbales, donde

ellas permiten señalar que “lo que ponen en juego las interacciones, son ante todo las relaciones interpersonales, ritualizadas socialmente” (Kerbrat-Orecchioni 1989 : 171). C. Kerbrat-Orecchioni menciona el caso en que el locutor está confrontado a exigencias difícilmente compatibles como aquella en la que un conferencista, en el momento de pronunciar una palabra extranjera, duda entre hacerlo demasiado bien y pasar por pedante, o parecer incompetente si la pronunciación es mala. Ella estudia el cumplido, en el cual el locutor, esforzándose por agradar al otro, brinda de sí mismo una imagen positiva: por ejemplo, la de una persona deferente o galante. En el conjunto, C. Kerbrat-Orecchioni retoma el principio de cuidado de la faz para mostrar como rige en la lengua los hechos estructurales y las formas convencionales. El análisis conversacional enlaza de este modo el estudio de los fenómenos de la lengua a hablar apropiadamente (morfemas especializados, tipos de modalizadores, *enallages* de personas: *uno* o *nosotros* en lugar de *yo* y *tú*, etc.) con el de las interacciones en el seno de las cuales la imagen que el locutor construye de sí mismo y del otro es capital.

Enunciación y ethos en la semántica pragmática de Ducrot

Notemos que ni Benveniste, ni Goffman, ni Kerbrat-Orecchioni habían recurrido al término ethos. La integración del mismo en las ciencias del lenguaje encuentra una primera expresión en la teoría polifónica de la enunciación de Oswald Ducrot (1984), es decir en una pragmática semántica. Al designar por enunciación la aparición de un enunciado, y no el acto de alguien que lo produce, Ducrot evita vincularla por anticipado a una fuente localizada, a un sujeto hablante (1984 : 179). Es el enunciado en sí mismo quien provee la información sobre “(los) autor(es) eventual(es) de la enunciación” (1984 : 193). De tal modo es importante no confundir las instancias internas del discurso, que son ficciones discursivas, con el ser empírico que se sitúa por fuera del lenguaje. La pragmático-semántica deja de lado al sujeto hablante real para interesarse en la instancia discursiva del locutor. Mas ella lo hace cuestionando radicalmente su unicidad. Ella diferencia al locutor (L) del enunciadador (E) quien es el origen de las posiciones expresadas en el discurso y quien asume la responsabilidad por ello; ella divide al locutor en L, ficción discursiva y en “λ”, el ser del mundo, aquel de quien se habla (“yo” como sujeto de la enunciación y “yo” como sujeto del enunciado). Analizar al locutor L en el discurso no consiste en ver lo que él dice de sí mismo, sino en la apariencia que le confieren las modalidades de su habla. Es a este punto preciso al que Ducrot alude con la noción de ethos: “el ethos está ligado a L, el locutor en tanto que tal: es porque él está en el origen de la enunciación que él se ve investido de ciertos caracteres que, por contragolpe, vuelven a esa enunciación aceptable o desechable” (1984 : 201; pasaje citado varias veces en lo que sigue de este trabajo).

No es por azar, parece ser, que la noción de ethos es movilizada por la concepción de la enunciación que elabora la pragma-semántica. Se trata en efecto, de una teoría que pone el acento sobre el habla como acción tendiente a influenciar al interlocutor. Ella se liga a una teoría de la argumentación en la lengua expuesta en una obra firmada por Anscombe y Ducrot en 1983 (una sección Argumentación y Polifonía aparece en el último capítulo

de esta obra). Es el interés por el discurso en acto y su eficacia en el interior de una interrogación sobre el sentido, lo que parece explicar el recurrir a la retórica. Aún es necesario precisar que esta última no es citada que a título de analogía. Para aclarar su propósito, O. Ducrot se refiere a un artículo de Michel Le Guern sobre la retórica clásica y el ethos, también llamado hábitos oratorios (*moeurs oratoires*). El menciona a Aristóteles del mismo modo en que más tarde cita algunas páginas de la poética de G. Genette, para mostrar un equivalente en otra disciplina de sus propias categorizaciones. De hecho, la argumentación de la pragmática-semántica ya no posee un lejano vínculo con aquella de los retóricos, quienes se interesaban en ciertos usos argumentativos del discurso y en técnicas discursivas tendientes a persuadir, mientras que la pragma-semántica considera que la argumentación, redefinida como la lógica de los encadenamientos de enunciados está inscripta dentro de la lengua. El recurso de la noción de ethos para designar la imagen del locutor como ser del discurso sigue siendo no menos interesante en la medida en que permanece efectivamente muy cercano a la concepción aristotélica. Él constituye un punto de reencuentro fecundo entre dos teorías divergentes de la argumentación. Sin embargo Ducrot no ha desarrollado más adelante su reflexión sobre el ethos.

El ethos en el análisis del discurso de Dominique Maingueneau

La elaboración de esta noción como construcción de una imagen de sí mismo en el discurso debe ser investigada en los trabajos de pragmática y de análisis del discurso de Dominique Maingueneau. Es en *Génesis del Discurso (Genèses du Discours)* (1984) que es presentada de antemano una “semántica global” la que intenta insertar en un modelo integral las diversas dimensiones del discurso. Entre ellas, un lugar determinante es reservado a la enunciación y al enunciador. En efecto, el enunciador debe conferirse, y conferir a su destinatario, un cierto status para legitimar su decir: el se otorga en el discurso una posición institucional y marca su vínculo a un cierto saber.

Al mismo tiempo, manifiesta una cierta manera de decir, un *modo de enunciación*. Desde *El Análisis del discurso (L'Analyse du discours)* (1976, ed. Revue 1991) hasta *El Contexto de la obra literaria* (1993), y hasta *Analizar los textos de comunicación (Analyser les textes de communication)* (1998), la noción de ethos es desarrollada con relación a la escena de la enunciación. Si cada tipo de discurso representa una distribución preestablecida de roles, el locutor puede escoger más o menos libremente su *escenografía*. En el discurso político, por ejemplo, el candidato de un partido puede hablar a sus electores en hombre del pueblo, en hombre de experiencia, en tecnócrata, etc. Es en ese cuadro que la noción de ethos reviste para Maingueneau toda su importancia. El la relaciona con la noción de tono, que reemplaza ventajosamente a la de voz, en la medida que remite igualmente bien al escrito que al oral. El tono se apoya por su parte sobre una “doble figura del enunciador, la de un *carácter* y de una *corporalidad*” (1984 : 100).

En el conjunto, se ve que el análisis del discurso según D. Maingueneau retoma las nociones de cuadro figurativo expuesto por Benveniste, y de ethos propuesto por Ducrot, dándoles una expansión significativa. La manera de decir autoriza aquí la construcción de una real imagen de sí mismo. En la medida en que el alocutario deberá ponerla en evidencia a partir de diversos indicios discursivos, ella contribuye al establecimiento de una relación entre el locutor y su interlocutor. Participando de la eficacia del habla, ella intenta provocar un impacto y suscitar la adhesión. Al mismo tiempo, el ethos está ligado al status del locutor y a la pregunta acerca de su legitimidad, o más aún al proceso de su legitimación por su habla. La noción de ethos puesta en juego por el análisis del discurso atraviesa así la sociología de campos aunque privilegiando “el intrincamiento entre un discurso y una institución” (Maingueneau 1984 : 136) , es decir rechazando la concepción de una sociología externa. Atraviesa también la retórica, de la cual Maingueneau retoma la idea de un discurso eficaz rechazando la consideración de este último como una “reserva de procedimientos al servicio de un contenido que busca tomar una forma” (Maingueneau1991:187).

La herencia retórica

Uno puede preguntarse en qué medida los especialistas contemporáneos de la retórica han reelaborado en su dominio propio la noción de ethos, cuya herencia reivindica hoy la pragmática. ¿La reflexión sobre la argumentación y el análisis retórico de los textos se acercan hoy a las perspectivas abiertas por el análisis del discurso, son complementarias a estas últimas o, por el contrario toman vías divergentes?

Se sabe que la historia de la disciplina no se ha privado de comentar abundantemente la trilogía aristotélica del logos, del ethos y del pathos. Es la glosa de conceptos de Aristóteles, como también el estudio de las modificaciones que han podido experimentar en los textos de Cicerón o de Quintilio, que se ha seguido esencialmente¹. Uno de los puntos que se desprenden de esta confrontación toca de cerca a nuestro sujeto. Se trata en efecto de saber si el ethos es, como lo deseaba Aristóteles, la imagen de sí mismo construida en el discurso o, como lo entendían los Romanos, un dato preexistente que se apoya en la autoridad individual e institucional del orador (la reputación de su familia, su status social, lo que se sabe de su modo de vida, etc.). En el arte romano de la oratoria, inspirado en Isócrates (436-338 AC) más que en Aristóteles, el ethos pertenece al dominio de los hábitos, de las costumbres. Según Quintilio, el argumento expuesto por la vida de un hombre tiene más peso que aquel que puedan brindar sus palabras. Y Cicerón define al buen orador como *vir boni dicendi peritus*, un hombre que suma a su carácter moral la capacidad de manejar el verbo.

Se comprende por qué la noción de ethos es retomada en los manuales de retórica de la edad clásica bajo la denominación de “hábitos oratorios”. Los mismos han sido traídos a la luz por estudios como los de Aron Kibédi-Varga (1970) y los de Michel Le Guern (1977). La cuestión de la autoridad moral unida a la persona del orador reposa allí: en un

¹ Me refiero a las obras clásicas de Georges Kennedy (1963, 1972). Se consultará igualmente la obra de Wisse (1989) y la bibliografía de Baumlin y Baumlin (1994).

primer sentido, bien se trata de hábitos reales del orador. De tal modo Bourdaloue sostiene que “1. El orador *convencerá* por los *argumentos*, si para bien *decir*, él ha comenzado por bien *pensar*. 2. Él *gustará* por los *hábitos*, si para bien *pensar*, ha comenzado por bien *vivir*”. (*La Retórica de Bourdaloue (La Réthorique de Bourdaloue)*, París, Belin, 1864, págs. 45-46; citado por Kibédi-Varga 1970 : 21). Bernard Lamy habla de las cualidades que debe poseer aquel que desea ganar los espíritus. M. Le Guern retoma sin embargo las teorías desarrolladas por las retóricas de Gibert, de Crevier, etc. para mostrar que la cuestión de la moralidad no eliminaba en los clásicos la idea de una construcción del orador en su discurso. Es el sentido de los “hábitos oratorios” o imagen producida por el discurso, que debe distinguirse de los hábitos reales.

Nosotros distinguimos los hábitos oratorios de los hábitos reales. Esto es fácil. Puesto que uno sea efectivamente un hombre honesto, que uno tenga piedad, religión, modestia, justicia, facilidad de vivir con el mundo, o que, por el contrario, uno sea vicioso, [...], es eso lo que llamamos hábitos reales. Pero que un hombre **parezca** tal o cual **por** el discurso, eso se llama *hábitos oratorios*, ya sea que efectivamente él sea tal como parece, o que no lo sea. Pues uno puede mostrarse como un tal, sin serlo; y uno puede no parecer un tal, aunque lo sea; porque esto depende de la *manera en que se habla*. (Gibert, pág. 208; citado por Le Guern 1977 : 284).

La preocupación por la moralidad impide la disociación neta de los dos planos así distinguidos. Gibert nota que los hábitos “marcados y vertidos en la manera en la que se habla, hacen que el discurso sea como un espejo que representa al orador...” (citado en Le Guern 1977 : 285). La conclusión de Le Guern no se debilita, a lo largo de su recorrido por los manuales clásicos, en que la eficacia del discurso deriva claramente de los hábitos oratorios y no de los hábitos reales. Es interesante notar que él se refiere a los trabajos de C. Kerbrat-Orecchioni sobre la subjetividad, para señalar hasta que punto el estudio de las marcas discursivas del locutor, llaman a un análisis del ethos, definido como la construcción de una imagen de sí mismo correspondiente con la finalidad del discurso.

El ethos en las teorías de la argumentación contemporáneas

La historia de la retórica desemboca de este modo sobre un conjunto de consideraciones que recortan las preocupaciones actuales de la pragmática, como lo muestra bien el sistema constante de referencias de una disciplina a la otra. Más allá de las consideraciones históricas, una reactualización de la noción de ethos como instrumento de análisis se encuentra en los teóricos contemporáneos de la argumentación. Y en primer lugar en Chaim Perelman, quien ha renovado en nuestra época el estudio de la retórica mostrando la centralidad en diversas disciplinas (desde el derecho hasta la filosofía, pasando por la literatura) del arte de la persuasión, o conjunto de medios verbales destinados a atraer o reforzar la adhesión del auditorio hacia las tesis que se presenten para su aprobación. Del aporte magistral de esta “nueva retórica”, discutida en diversas contribuciones de este volumen (y en particular en Jean-Michel Adam y Ruth Amossy), se retomará aquí solamente la necesidad del orador de adaptarse a su auditorio, o sea de

hacerse una imagen y, correlativamente, de construir una imagen fiable de su propia persona en función de las creencias y valores que él brinde a su auditorio. Este dinamismo pone en valor la construcción de una imagen de sí mismo en el discurso, a la cual, sin embargo, Perelman consagra una plaza limitada en sus obras.

La unión, ausente en Perelman, entre los estudios argumentativos y la teoría de los actos del lenguaje de Austin y de Searle, es efectuada en el trabajo precursor de Marc Angenot sobre *El Habla panfletaria* (1982) (*La Parole pamphlétaire*), donde estudia “la imagen del enunciador” en un género de discurso. El panfleto es definido en términos del acto por el cual el enunciador “se involucra, se muestra como garante de lo que él constata y busca influenciar al auditorio” (1982 : 1970). Se distingue por la fuerte presencia del enunciador en el discurso, por un “yo performativo”. “La conciencia” que habita el discurso panfletario se inscribe en un ensamble de rasgos morfo-semánticos y en el sistema doxológico que el “yo” toma para sí (los enunciados dóxicos se vuelven sus opiniones). Pero esta omnipresencia del ego es también marcada por una temática, la cual dibuja la imagen-tipo del panfletario: una imagen de sí mismo más genérica que se brinda como más personal. El panfletario se presenta como marginal que se auto-otorga poder (él está excluido del sistema institucional), como hombre que no posee competencia particular alguna fuera del poder de la verdad que él asume por necesidad interior, como solitario dotado de coraje intelectual, como hombre del énfasis y de la indignación. Él es una voz que grita en el desierto, pues él se dirige a la vez a todo el mundo y a nadie: él va por delante de la incomprensión arrojando sin embargo su botella al mar. M. Angenot presenta aquí, como lo hace por otro lado D. Maingeneau, irregularidades que definen un género de discurso como tal. Cae por su propio peso que a partir de ahí, la imagen de sí mismo del panfletario es diversamente modelada en cada texto.

Retórica y teoría del relato

Una teoría del ethos ha sido igualmente desarrollada a través de la unión de la retórica y de la narratología en los trabajos del canadiense Albert W. Halsall (1988, 1995) sobre el “relato pragmático”. Ella reposa sobre una puesta en perspectiva de la concepción aristotélica de autoridad sobre una cuestión a menudo debatida en la poética del relato: la credibilidad del narrador. La escuela americana del “punto de vista” iniciada por Percy Lubbock, la narratología de Käte Hamburger y de Doritt Cohn, las taxonomías de Gérard Genette y de Mieke Bal, han provisto de nociones (como la voz y el modo narrativo, la focalización) y de distinciones (entre autor/narrador/personaje, y también entre diferentes tipos de narradores), las cuales permiten estudiar la cuestión de la imagen del locutor en el cuadro específico de la narración. Halsall cruza estos datos con aquellos que le provee la Retórica, como también la *Poética* de Aristóteles, para ver cómo y en qué condiciones el enunciador parece fiable a los ojos del lector. De tal modo, él reformula la problemática del “narrador digno de confianza” en términos greimasianos de “contrato fiduciario”. Toda comunicación reposa sobre una confianza mínima entre los protagonistas, y es a una retórica narrativa a la que le incumbe, según Halsall, determinar cómo “la enunciación contribuye a crear, en el enunciatario, un vínculo de confianza

fundado sobre la autoridad que el enunciador debe asegurarse, si espera convencer” (1988 : 244) .

El interés del relato proviene según Halsall de la complejidad y a menudo de la ambigüedad que producen las perspectivas narrativas. En efecto, el punto de vista y la voz del personaje no remiten necesariamente a aquellos del narrador homo o heterodiegético. La autoridad acordada a uno o a otro no marcha por sí misma y demanda ser negociada. Posibilidades diferentes forman parte del patrimonio del narrador que permanece por fuera de la diégesis (puede dirigirse directamente al lector virtual, por ejemplo) y del narrador intradiegético (puede utilizar las figuras del logos para justificarse). Sin embargo, el relato puede presentar un narrador que se equivoca o que intenta confundir, ofreciendo de este modo, numerosos casos de indecidibilidad acerca de la fiabilidad del enunciador y, en consecuencia, acerca del sentido del enunciado. El relato pragmático que intenta persuadir tiende a reducir al máximo estas ambigüedades que impiden a los lectores llegar a un consenso.

En esta óptica, Halsall examina las diferentes figuras que la retórica pone a disposición de la narración para sentar la autoridad del narrador. El las divide siguiendo a Aristóteles en dos grupos, el de los argumentos exteriores provenientes de testigos y el de los argumentos internos al discurso. En la primera categoría, ubica el llamado a los principios atestados o *apodeixis* (la nota aforística), el *proverbio* o la *sentencia*, el llamado a su propia experiencia o *martyria*, las figuras del llamado intertextual que movilizan una autoridad exterior, etc. La segunda categoría comprende el elogio de los auditores (*comprobatio*), la declaración de buenas intenciones (*eucharistie*), etc. Otras figuras surgen del *pathos*: la apariencia de someterse (*philophronèse*) y la *eulogie* o bendición. La autoridad del narrador depende de su manera de manejar estas figuras y de adaptarlas a las estrategias narrativas. Halsall lo demuestra en diversos relatos literarios, entre ellos *El último día de un condenado* (*Dernier tour d'un condamné*) de Víctor Hugo (1995).

Otro tipo de análisis del ethos en el relato de ficción se alimenta igualmente de la poética del relato, aunque propone colocarla en relación con la noción de dispositivo enunciativo y de interacción argumentativa. Las nociones elaboradas por la narratología son percibidas en el cuadro de una dinámica discursiva donde las figuras del locutor interactúan con las del alocutario. La cuestión del ethos no se limita a la autoridad y a la fiabilidad de tal o tal enunciador. Se trata en todo caso de mostrar cómo el relato de ficción puede superponer diferentes niveles de interacción que no se ocultan necesariamente. Presenta en efecto narradores y personajes que construyen, cada uno, una imagen de sí mismo frente a su(s) alocutario(s) ficcional(es), y al mismo tiempo frente al lector supuesto. Este tipo de análisis es ilustrado por los estudios recientes de Ruth Amossy sobre “La carta de amor: de lo real a lo ficcional” (“*La lettre d’amour: du réel au fictionnel*”) (1988) y “La interacción argumentativa en el discurso literario, de la literatura de ideas al relato de ficción” (“*L’interaction argumentative dans le discours littéraire, de la littérature d’idées au récit de fiction*”) (En impresión).

Nuevas perspectivas sobre el ethos: los “Estudios Culturales”

Es interesante constatar que una tentativa de retomar y de reinterpretar la noción retórica del ethos dentro de la perspectiva de los *Cultural Studies*, ha sido llevada a cabo hace algunos años en los Estados Unidos. En su *Ethos: New Essays in Rhetorical and Critical Theory* (1994), J. S. y T. F. Baumlin han reunido una serie de contribuciones que exploran las diferentes concepciones retóricas del ethos, con la intención de repensarlas bajo la luz de las teorías contemporáneas del sujeto. Partiendo de la constatación que la naturaleza del yo y de sus representaciones en el lenguaje han sido radicalmente puestas nuevamente en cuestión por las teorías surgidas del psicoanálisis, del pensamiento marxista o de la deconstrucción, estos trabajos se proponen redefinir el ethos y lo que con él está en juego, dentro de las perspectivas postmodernistas. Su reflexión está ligada a una interrogación sobre las nociones de sujeto, de ideología, de escritura. Ella valoriza asimismo el objetivo de eficacia de la retórica: se trata de ver cómo se puede poner en sitio un ethos discursivo que contribuya a constituir un habla de mujer o aún de “subalterno” (según el término de Spivak *Can the Subaltern Speak*, 1988). La construcción de un ethos discursivo es también privilegiada en la medida en que ella es idiosincrásica de un posicionamiento político. Los defensores de los *Cultural Studies* sitúan una noción tomada de la retórica antigua en el corazón de los problemas de género (*gender*) aunque también de la etnicidad de la cual se nutren actualmente los estudios culturales y literarios en América del Norte.

Autor del ethos: el diálogo de disciplinas

Es dentro de una perspectiva muy diferente que se sitúa la presente obra, la cual persigue la reflexión sobre la noción de ethos como construcción de una imagen de sí mismo en el discurso, haciendo dialogar especialistas de la retórica, de la filosofía analítica y de la pragmática, sin olvidar de ponerlos en relación con la sociología de la literatura y la narratología.

La primera parte pone en perspectiva la retórica y la pragmática en su tratamiento respectivo de la noción aristotélica de ethos, indisolublemente ligada al logos y al pathos. Eminente especialista de Aristóteles, de quien analiza extensamente su aporte en *Die Rhetorik des Aristoteles* Die (1984) y *Grammaire du discours argumentatif* (1994) Ekkehard Eggs reinterpreta la noción de ethos señalando su doble dimensión, a la vez moral y estratégica. La primera comprende virtudes reconocidas como la honestidad; la segunda pone en evidencia hábitos y costumbres: ella consiste en explicarse de manera apropiada. Es la conjunción de estos dos aspectos lo que permite, según Aristóteles, convencer por el discurso y ahí reside, para Eggs, un aporte mayor de su reflexión cuya falta se hace sentir en los trabajos de los pragmatistas más diversos. A este estudio de la contribución que puede aportar la retórica a las ciencias del lenguaje responde reflexivamente la proposición de Marcelo Dascal, quien sugiere un “casamiento” entre las disciplinas, donde la pragmática podría venir a punto para completar y enriquecer la retórica. Diestro en la filosofía analítica, M. Dascal muestra que la “prueba por el ethos”

se funda sobre procesos inferenciales que no difieren en substancia “de los procesos pragmáticos normales de interpretación de enunciados”.

En segundo término, es la reelaboración de la noción de ethos en la pragmática y en el análisis del discurso lo que ocupa el centro de la escena. Dominique Maingueneau retoma y afina las categorías de escena y de escenografía que él había introducido en sus trabajos precedentes para detenerse en el ethos tal como aparece no sólo en el discurso argumentativo, sino también en todo el intercambio verbal. Ilustra esta centralidad del ethos a partir de ejemplos tomados tanto de François de Sales y de Pascal, como de la publicidad y del discurso periodístico. Jean-Michel Adam, quien no había hasta el presente empleado la noción de ethos más que indirectamente en sus trabajos de lingüística textual (1984, 1990, 1993, 1994) y de análisis argumentativo (La argumentación publicitaria (*L'argumentation publicitaire*), 1997), la integra plenamente aquí en su reflexión teórica. Él se sitúa en la interferencia del campo lingüístico del análisis de los discursos y de la teoría de la argumentación, tomando prestado un concepto clave de Jean-Blaise Grize. A la cabeza de la Escuela de Neuchâtel, Grize desarrolla una perspectiva sobre la argumentación fundada sobre la lógica natural, en el marco de la cual propone la noción de “esquemización”. Un esquema constituye una representación discursiva por definición parcial y selectiva de una realidad construida por el discurso; la esquematización se refiere a la actividad de construcción (la enunciación) en la misma medida que al resultado (el enunciado). A través de esta noción, Jean-Michel Adam propone un análisis pragmático de los conectores argumentativos, de los actos de discurso y de la “performatividad”, de las marcas personales del orador que permite estudiar al ethos en sus relaciones cambiantes al logos y al pathos, en los discursos pronunciados el 17 y el 18 de junio de 1940, respectivamente por el Mariscal Pétain y por el General de Gaulle.

Ruth Amossy intenta por su parte de articular la teoría de la argumentación y el análisis del discurso transfiriendo sobre el plano del análisis lingüístico los modelos puestos en plaza por C. Perelman. Dentro de una perspectiva que remite a los trabajos sobre las interacciones de C. Kerbrat-Orecchioni y de C. Plantin más que a la corriente lógica y cognitivista, ella introduce en el análisis del ethos la noción de estereotipo desarrollada en sus trabajos anteriores (1991, 1997). Esta reflexión que considera la construcción de una imagen de sí mismo en su relación con la representación colectiva fija y con la actividad de estereotipaje, coincide con la de J.M. Adam. Ella ofrece por su parte una contribución al análisis del discurso político a partir de ejemplos tomados de discursos “pacifistas” de Jean-Marie Le Pen y de Jean Giono. La posibilidad de aliar análisis argumentativo y pragmático encuentra otra ilustración en el estudio que consagra Galit Haddad al discurso pacifista de Romain Rolland, *Au-dessus de la mêlée* (Por encima de la pelea) (1914). El recurso de la noción de estereotipo, por un lado, y de la noción de posición en el campo intelectual tomada de Bordieu, por el otro, permite poner el acento sobre una dimensión importante y hasta allí poco estudiada del ethos, llamada ethos previo: es la imagen que el auditorio se hace del locutor en el momento en que este último toma la palabra.

Los análisis del discurso practicados por D. Maingueneau, J.M. Adam, R. Amossy y G. Haddad indican por vías diversas la necesidad de tomar en consideración la posición del

locutor como ser empírico dentro del campo en el que se sitúa (político, intelectual, literario u otro).

Esta dimensión sociológica remite a los trabajos de Pierre Bourdieu, quien ha propuesto una reinterpretación de la noción de ethos en el marco del concepto de *habitus* (o conjunto de disposiciones durables adquiridas por el individuo a lo largo del proceso de socialización). Componentes del *habitus*, el ethos designa para Bourdieu el conjunto de principios interiorizados que guían nuestra conducta sin que lo sepamos; la *hexis* corporal se refiere a las posturas, a las relaciones con el cuerpo, igualmente interiorizadas. Una articulación entre el análisis del discurso y la sociología de los campos sobre la noción de ethos parece imponerse aquí. Ella ha sido iniciada por Alain Viala, quien, a través de una sociopoética de Le Clézio (1994) ha intentado tener en cuenta a la vez la posición del escritor dentro del campo literario, y el dispositivo de enunciación interior al texto. A. Viala retoma así su reflexión sobre la noción de ethos a partir del ejemplo de la literatura galante, insistiendo esta vez en la noción de adhesión. Fiel al concepto de *habitus*, considera que el ethos permite la adhesión a valores en los cuales un grupo social dominante comulga haciéndolos pasar por indiscutibles. ¿Cómo integrar el ethos retórico o pragmático, que reposa sobre la eficacia del habla, y el ethos tal como lo concibe la sociología de campos? ¿Cuales son las apuestas y las trampas eventuales de esta puesta en perspectiva? Eso es lo que explora el artículo de R. Amossy examinando retrospectivamente las tesis de la retórica (Perelman, Eggs), de un análisis del discurso que toma en cuenta los datos institucionales (D. Maingueneau) y de una sociología de la literatura inspirada en Bourdieu (A. Viala).

Como epílogo, hemos querido ubicar un extracto de una obra de Meir Sternberg sobre La Poética de la Biblia (*La Poétique de la Bible*) que permite abrir perspectivas en dirección al estudio de los textos narrativos. A partir de una pregunta inesperada, la de la autoridad que el discurso bíblico confiere al narrador en relación a la que él atribuye a Dios, M. Sternberg estudia las perspectivas narrativas del relato bíblico en términos de influencia sobre el lector. Este texto, que se cruza por otro lado con las preocupaciones de A. Halsall evocadas antes, ilustra los beneficios de una complementariedad entre la narratología y el estudio del ethos.

Los estudios reunidos aquí prolongan y desarrollan una reflexión ligada al tercer coloquio internacional Chaim Perelman sobre “Escritura de sí mismo y Argumentación” (*Écriture de soi et Argumentation*) en la Universidad de Tel Aviv². Al reelaborar un concepto tomado de la retórica, intentan aportar una contribución a las ciencias del lenguaje. Si bien esta obra no es la primera en situar el concepto de ethos dentro de la reflexión contemporánea, se diferencia sin embargo del trabajo llevado a cabo recientemente en los

² Agradecemos a la Fundación Chaim Perelman de Bruselas la ayuda brindada para la organización del coloquio del cual surge la presente reflexión. Nuestro agradecimiento también está dirigido a la Universidad de Tel Aviv y al Servicio Cultural de la Embajada de Francia en Tel Aviv. Señalamos que la vertiente literaria del enfoque de la escritura de sí mismo aparecerá próximamente en las Presses universitaires de Caen bajo el título *Écriture de soi et Argumentation* (textos reunidos y compilados por Nadine Kuperty-Tsur).

Estados Unidos en *Ethos: News Essays*, en tanto que busca elaborar herramientas de análisis para el cruce de la teoría de la argumentación y de la pragmática.

Tomado de Amossy, Ruth (Dir.) (1999) – *Images de soi dans le discours*. Lausanne-Paris : Delachaux et Niestlé.

Traducción de Juan Miguel Dothas para el Seminario “Introducción al Análisis del Discurso” de la Dra. María Marta García Negroni – 1er. Cuatrimestre 2006